

declaracion del Parlamento británico, que expresó «reconocer altamente el distinguido valor é intrepidez con que se habia conducido el ejército español al mando de S. E. el general Blake en la batalla de la Albuera.» Y aun mas lisonjero debió serle todavía que el conducto por donde se le comunicó esta honrosa declaracion de las Cámaras fuese el mismo lord Wellington, á quien él con tanta entereza habia negado como regente el mando de las provincias españolas que el embajador su hermano habia pretendido (1). Tambien acordaron las córtes que, concluida la guerra, se erigiese en la Albuera un monumento que recordara á la posteridad tan gloriosa jornada, y el nombre de un regimiento de caballería española refresca todavía en la memoria el de aquel pueblo y aquella accion.

Lento y como indeciso se observó al ejército inglés despues de la batalla de la Albuera. Ello es que Wellington, habiendo venido el 19 á visitar el campo del combate, ordenó á Beresford que no hiciese sino observar al enemigo y perseguirle con cautela; despues envió aquel general á Lisboa á organizar nuevas tropas, volviendo á mandar su division el general Hill, ya restablecida su salud. De modo que no se inquietó á Soult en Llerena, donde se procuró subsistencias y refuerzos. Verdad es que una division inglesa volvió á bloquear á Badajoz, juntamente con la de don Carlos de España, cuyo mando, con motivo de la herida de este, se dió á don Pedro Agustín Giron. El bloqueo de la plaza se convirtió luego otra vez en sitio. Del 25 al 31 (mayo) se abrieron trincheras. Dos asaltos intentaron los ingleses y en ambos fueron rechazados sin fruto, bien que carecian de zapadores y de útiles para el caso, y el gobernador francés Philippon era mas diestro y activo, y sabia mas de defensa que ellos de ataque.

Sucedió en esto que habiendo hecho los artilleros portugueses una fogata en el campo, prendió el fuego en los matorrales y en las mieses, y difundióse con violencia espantosa por la comarca, propagándose hasta una distancia remota, á favor de hallarse ya muchos de los frutos casi secos, devoró, por espacio de quince días que estuvo ardiendo, mieses, dehesas, montes y casas, hasta las cercanías de Mérida, que fué una desolacion para el país, mas horrible que la guerra misma que le estaba devastando.

En este tiempo, reforzado Soult con tropas de Drouet, que tomó el mando del 5.º ejército, movióse de Llerena (12 de junio) con la mira de libertar á Badajoz: bien que se detuvo con noticia de que el mariscal Marmont, sucesor de Massena, con parte de las tropas del ejército de Portugal habia entrado en Extremadura, procedente de Salamanca, y cruzado el Tajo, dirigiéndose un trozo á Mérida, otro hácia Medellín. Por su parte Wellington, sabedor de los movimientos de los dos mariscales franceses; Soult y Marmont, no creyó prudente aguardarlos, y haciendo levantar el sitio de Badajoz, repasó el Guadiana y se retiró á Yelves (18 de junio): los españoles le vadearon tambien por Jurumeña. Marmont y Soult se avistaron sin obstáculo en Badajoz, tantas veces y tan sin fruto amenazada por los ingleses. Blake con su ejército expedicionario caminó por dentro de Portugal, y repasó el Guadiana en Mértola (23 de junio): sus tropas sufrieron en esta marcha no pocas escaseces, y á consecuencia de ellas los soldados molestaron bastante á los naturales. Volviendo de allí á Niebla, hizo una tentativa para apoderarse de la villa cabeza del Condado (30 de junio), pero falto de artillería de batir y de escalas, y acudiendo sobre él fuerza enemiga, hubo de desistir de la empresa, y reembarcándose á los pocos días regresó á Cádiz de donde habia salido (11 de julio), y donde pronto tuvo que prepararse para otra expedicion. Soult habia regresado ya tambien á Sevilla, habiendo salido de Badajoz el 27 de junio,

(1) Parte de don Joaquin Blake al Consejo de Regencia: Campo de Albuera, 18 de mayo de 1811.—Oficio de los regentes al general Blake; Cádiz, 23 de mayo de 1811.—Propuesta del gobierno á las córtes; Cádiz 24 de mayo de id.—Decreto de las córtes; 26 de mayo.—Contestacion del general Blake á las córtes; Nogales, 6 de junio.—Respuesta de Blake al Consejo de Regencia; Nogales, id. de id.—Actas de las cámaras inglesas; *Die vénérís*, 7 de junio de 1811: Resuelto *nemine dissentiente* por los Lorens, etc.—Comunicacion de lord Wellington á Blake: Quinta de San Juan, junio 28.

despues de hacer volar los muros de Olivenza, abandonada por los ingleses cuando se retiraron detrás del Guadiana.

Al resumir un historiador francés, por cierto nunca benévolo con los españoles, el resultado de las campañas de la primera mitad del año 1811 en el Mediodía de la Península, hace, entre otras muchas, estas reflexiones: «La esperanza de enseñorear la Andalucía, mientras Portugal era invadido, y de conquistar así el Mediodía de un solo golpe fué causa de que se diseminaran desde Granada á Badajoz no menos de 80,000 soldados, los mejores que poseia Francia, y de que privado el ejército de Portugal de los socorros con que habia contado, no pudiera llevarse á remate su empresa. Muy pronto, á este desparrame de recursos se juntaron las ilusiones, porque la primera necesidad que se experimenta, despues de cometidos los yerros, es la de no confesarlos.... Sin duda con su grande experiencia, con su genio penetrante, sabia Napoleon muy bien las mermas espantosas de sus ejércitos por consecuencia de las marchas, de las fatigas, de los combates, de los calores del verano, de los frios del invierno: sabíalo por haber sido testigo de ello bajo climas no tan devorantes en verdad como el de España, y sin embargo no queria admitir que los 80,000 hombres del mariscal Soult estuvieran ya reducidos á 36,000, ni que Massena contara, en vez de 70,000 soldados, con 45,000 de allí á poco y con 30,000 á la postre, etc.»

CAPÍTULO XIV

Tarragona.—Viaje y regreso del rey José

(De enero á agosto.)

1811

Estado de la guerra en Galicia y Asturias.—En Leon y Santander.—La Liébana: heroísmo de sus habitantes.—Provincias Vascongadas y Navarra.—Mina: atrevida y gloriosa sorpresa que hizo.—Creacion del ejército francés del Norte.—La guerra en Cataluña.—Toman los franceses el castillo de San Felipe.—Sus proyectos sobre Tarragona.—Toma el mando del Principado el marqués de Campoverde.—Accion de Valls entre Macdonald y Sarsfield.—Bullicios dentro de Tarragona.—El congreso catalan.—Desgraciada tentativa de Campoverde sobre Monjuich.—Encomienda Napoleon á Suchet el sitio de Tarragona.—Incendio de Manresa.—Sorprenden y toman los españoles el castillo de Figueras.—Ardid de que se valieron.—Capitosa capitulacion pedida por el enemigo.—Circunvalan el castillo los franceses.—Marcha Suchet á sitiar á Tarragona.—Posicion y condiciones de la plaza.—Campoverde y Sarsfield van á su socorro.—Terrible ataque de los franceses al fuerte del Olivo.—Asalto: resistencia heroica: mortandad.—Consejo de guerra en la plaza.—Sale de ella Campoverde, y queda mandando Senen de Contreras.—Ataque y brecha en el fuerte del Francolí.—Retranse los nuestros á la ciudad.—Gran pérdida de los franceses para tomar otros baluartes.—Llega á la plaza la division de Valencia.—Llama tambien mas fuerzas el enemigo.—Ataque y asalto simultáneo de tres fuertes.—Quema de cadáveres franceses y españoles.—Embisten estos el recinto de la ciudad alta.—Inútil arribada de una columna inglesa.—Asalto general de la ciudad.—Furiosos y sangrientos combates.—Penetran en ella los franceses.—El gobernador herido y prisionero.—Desolacion, desastres.—Pérdidas de una parte y de otra.—La guarnicion prisionera de guerra.—Influencia y efectos de la pérdida de Tarragona en Cataluña y en toda España.—Lacy reemplaza á Campoverde.—Suchet mariscal del imperio.—Seapodera de Monserrat.—Porfiada y costosa resistencia.—Rescatan los franceses el castillo de Figueras.—Vuelve Suchet á Zaragoza.—Operaciones militares en Granada y Murcia.—En la Mancha y las Castillas.—Cómo vivian los franceses en Madrid.—Profundo disgusto del rey José y sus causas.—Conducta de Napoleon para con su hermano.—Resuelve José ir á Paris para hablar personalmente con el emperador.—Resultado de sus conferencias.—Regresa José á Madrid.

El lector habrá podido observar, y tal vez le haya causado alguna extrañeza, que cuando tantas huestes, así de los enemigos como de los aliados, se agolpaban á la raya de Portugal, haciendo aquella frontera el teatro principal de los sucesos militares de mas cuenta en este año, no se haya visto la cooperacion de las fuerzas españolas existentes en otras provincias de las que comparten límites con aquel reino, especialmente en las de Galicia y Leon.

No se vió en verdad esta cooperacion que habria sido de desear. El general Mahy, á quien obedecian Galicia y Asturias,

continuó teniendo sus tropas en el Vierzo y tierra de Leon. Las que operaban en Asturias, cuyo mando inmediato tenia don Francisco Javier Losada, aunque subordinado á Mahy, avanzaban ó retrocedian por las cañadas que forman los rios de aquel principado segun que se movia el enemigo, y la única accion notable que sostuvieron fué bien desgraciada. Dióse en las alturas de Puelo, una legua de Cangas de Tineo (19 de marzo); y con ser los nuestros 5,000, y menos los franceses, sufrieron aquellos gran derrota, salió herido el general Bárcena, y gracias á Porlier (el Marquesito), que con sus jinetes y su serenidad salvó muchos fugitivos, incluso los generales, no fué mayor el infortunio.

Algo mejoró la organizacion y la disciplina del 6.º ejército, que así se llamó el de estas provincias, desde que se confió el mando en jefe á Castaños, reteniendo el del 5.º ejército que se hallaba en Extremadura. Pues aunque aquel nombramiento fué casi nominal y de honra, hecho por las causas y con el fin que en el anterior capítulo indicamos, tuvo no obstante una influencia saludable. Tambien favoreció el haber sucedido á Mahy don José Maria Santocildes, que gozaba de una excelente reputacion desde la gloriosa defensa de Astorga. Distribuyó pues el 6.º ejército en tres divisiones: la primera al mando del general Losada, que se quedó en Asturias; la segunda al de Taboada, que se situó en el Vierzo á la entrada de Galicia; y la tercera al de don Francisco Cabrera, que fué destinada á la Puebla de Sanabria. Quedó además en Lugo una reserva. Todas estas tropas, á excepcion de la division de Asturias, que ocupó á Oviedo, pasaron á principios de junio á Castilla, al tiempo que el mariscal Marmont, sucesor de Massena, se trasladaba, como dijimos, desde Salamanca á Extremadura. Fué por lo mismo oportuno aquel movimiento de los españoles. Para mayor ventaja y animacion de estos, el general francés Bonnet abandonó á Asturias (14 de junio), y de Astorga se retiró tambien la guarnicion francesa á Benavente, despues de destruir cuanto pudo las fortificaciones de aquella ciudad, lo cual proporcionó á Santocildes el placer de ocupar una poblacion en que habia dejado tan excelentes recuerdos, y en donde fué recibido (22 de junio) con el regocijo y los aplausos á que por su anterior comportamiento se habia hecho acreedor.

Ocuparon los nuestros la derecha del Orbigo. El general francés Bonnet, que se habia corrido desde Asturias á Leon, destacó el 23 al general Villetaux con orden de que atacase á Taboada, que se hallaba en el pueblecito de Cogorderos, junto á la carretera de Astorga á Ponferrada sobre el rio Tuerto. Defendiase bizarramente el general español, cuando acudió en su socorro don Federico Castañon con su brigada asturiana, y atacando á los enemigos por el flanco, los deshizo completamente, quedando entre los muertos el mismo Villetaux, y cogiendo entre los prisioneros once oficiales. Santocildes por su parte hizo un reconocimiento general sobre el Orbigo, ahuyentando los enemigos. Ayudaban á nuestros generales las partidas sueltas del distrito, de las que se procuró formar una legion nombrada de Castilla al mando del coronel don Pablo Mier.

Dábanse la mano estas tropas, que entre todas se aproximaban á 16,000 hombres, con las del 7.º ejército, de nueva creacion, que empezaba á formarse en el país de Liébana y montañas de Santander, y cuyo primer jefe habia de ser don Gabriel Mendizábal. Mas como este permaneciese, segun hemos visto, en Extremadura, encargóse del mando como segundo don Juan Diaz Porlier, que para organizarle se estableció en Potes, capital de la Liébana.

Merece bien este país que nos detengamos en él un poco, ya que ha tenido la desgracia de que otros historiadores hayan pasado por alto su heroísmo y omitido sus glorias.

Enclavada esta montuosa comarca entre las provincias de Asturias, Leon, Palencia y Santander, formando una especie de cuenca, á la cual no se puede descender sin subir á elevadísimas alturas, dividida en cuatro grandes y profundos valles de que se derivan otros mas pequeños, conservando sus habitantes el carácter independiente y libre que distinguió á los antiguos cántabros sus mayores, fué uno de los países que primero se levantaron en 1808, espontáneamente y sin

auxilio de fuerza alguna extraña, en defensa de la causa nacional. De los moradores de sus cuatro valles se formaron otros tantos batallones de urbanos, mandados por el respectivo regidor de cada valle. Con pocas armas, pero con mucho corazon, en las diferentes y siempre rápidas incursiones que en los primeros años de la guerra hicieron los franceses en aquel quebrado y montuoso recinto, rara vez dejaron de salir escarmentados por los valerosos liebaneses. Ya en 1809 les habia dicho el general español Mahy en una proclama desde la Coruña: «Habitantes ilustres de la Liébana: la gloria de vuestros triunfos no ha podido encerrarse en los estrechos límites de una provincia reducida. Toda la península resuena con el eco de vuestro nombre, y la fama lo ha conducido hasta los términos mas remotos del imperio español.... Descendientes de los antiguos cántabros, herederos de sus virtudes, de su valor y de su patriotismo, habeis jurado eterna venganza contra los enemigos de la libertad de la patria. Aquellos embotaron su cuchilla en la sangre de los romanos; vuestros abuelos se distinguieron entre los primeros españoles en la guerra sagrada contra los agarenos; y vosotros, rodeados por todas partes de enemigos, y ocupadas las provincias limítrofes por unas tropas que se glorian de haber puesto el yugo á las naciones mas poderosas de Europa, manteneis vuestra libertad y derechos patrios por medio de prodigios...»

No desmintieron este alto concepto aquellos habitantes en las tres invasiones que sufrieron en 1810, ni se dieron á partido por mas que el general francés Cacout los halagara primero, y los amenazara despues con el incendio y el saqueo de sus propiedades (1). Cuando se formó en la provincia de Santander la division cántabra, y principalmente desde que se encomendó su mando á don Juan Diez Porlier, la Liébana era su amparo y abrigo; allí recibian su primera instruccion los mozos antes de ingresar en los cuerpos; en la villa de Potes, su capital, estableció Porlier hospitales y almacenes de boca y guerra, depósito de prisioneros, y hasta creó en el pueblo de Colio un colegio de cadetes, prueba grande de lo seguro que se conceptuaba aquel recinto, plagadas como solian estar de franceses las provincias limítrofes, lo cual dió ocasion á que se llamara á la Liébana «cuna del 7.º ejército;» denominacion que espresaba una verdad, y dictado mas modesto que el de «España la china» que en otros tiempos se le habia dado. Igual concepto que á Mahy y á Porlier merecieron aquellos montañeses al general en jefe del 7.º ejército don Gabriel Mendizábal, que un año mas adelante, al enviarle la nueva Constitucion, les decia: «Hora es ya de que se publiquen vuestras virtudes... Sin otra defensa que la naturaleza del suelo que habitais, una resolucion generosa supo romper el lazo con que en diez y seis ocasiones se pretendió ataros al carro del tirano. Sin otro llamamiento que el de la patria, clamasteis por armas, os fueron concedidas, y las manejaisteis con tal destreza que contais tantos triunfos como acciones. Así habeis conservado vuestros derechos mas sagrados, dando el mejor ejemplo, á nuestra nacion, á la Europa y al mundo todo. Fuistes y sois libres por vuestra heroicidad....»

A esta singular y ya célebre comarca fué enviado por el mariscal duque de Istria en mayo de 1811 con orden de sojuzgarla el general Rognet que mandaba 2,000 hombres de la guardia imperial, el cual habiendo llegado á Potes por el valle de Valdegrado (25 de mayo), no sin que le acosaran en su marcha los urbanos de los valles, no hizo otra cosa que incendiar una acera de casas de la plaza; y sin emprender movimiento alguno contra los valles insurrectos, ni dirigirse siquiera á rescatar ochenta prisioneros franceses que los nuestros tenian en Mogrovejo, poco mas de una legua de Potes, retiróse por el mismo valle, bien que torciendo despues por el de Brañes y Sejos para dirigirse á Reinoso, por haber divisado

(1) Mais si sourds á ma voix persistez dans votre égarement, si un seul coup de fusil est tiré sur ma troupe, ce sera le signal de l'incendie et du pillage de vos propriétés.—Proclama de Cacout de 15 de junio de 1810, conservada original por don Matías de la Madrid, ayudante de campo que fué del general Porlier, y autor de apreciables apuntes históricos que ha tenido la bondad de confiarnos.

las avanzadas de Porlier que se le venia encima por el puerto de Pineda.

Animaba la gente y la enregimentaba desde Bilbao el valeroso Renovales, tiempo hacia enviado á Vizcaya, como antes hemos visto, por el gobierno central: y bullian y se meneaban, molestando al francés incesantemente, por las tierras de Santander, Provincias Vascongadas, Burgos y Rioja hasta los confines de Navarra, las partidas ya gruesas de Campillo, Tápia, Merino, Longa, el Pastor y otros.

Siguiendo nosotros en esta reseña el mismo rumbo que en otras ocasiones hemos llevado, y á que nos guia la contigüidad misma de los puntos, encontramos en Navarra con el mas célebre de los caudillos que voluntariamente habian tomado parte en esta lucha, don Francisco Espoz y Mina. El hecho que vamos á referir fué una de sus mas bellas proezas. Sabedor de que el mariscal Massena, cuando dejó el ejército de Portugal, se encaminaba á Francia llevando consigo un numeroso convoy de coches y de carros, proyectó sorprenderle. Al efecto caminó de noche y con todo el posible sigilo por sendas y cañadas de la provincia de Alava que él conocia. El convoy seguía marchando por el camino real de Francia, aunque Massena se habia detenido en Vitoria. Escortábanle 1,200 hombres, que llevaban tambien unos mil prisioneros ingleses y españoles. En la madrugada del 25 de mayo cruzaban aquellos la sierra de Arlaban, límite de Alava y Guipúzcoa. Mina, que con su gente habia estado emboscado y en acecho, dejó pasar á los que iban á la cabeza del convoy, y á las seis de la mañana cayendo repentinamente sobre los que marchaban como de retaguardia, los atacó con impetu, defendiéndose no obstante los franceses, en términos de durar la lucha hasta las tres de la tarde. Pero á aquella hora todo habia caido en poder del intrépido español; él mismo hizo prisionero al coronel Laffite: perdieron los franceses 40 oficiales y 800 soldados; rescatáronse los prisioneros nuestros: se cogió el convoy, compuesto de ciento cincuenta entre coches y carros: valióse el botin en 4.000,000 de reales: parte de las prendas y del dinero se repartió entre los aprehensores; parte de este con las alhajas se reservó para la caja militar. Bella sorpresa, que levantó la reputación ya muy alta de Mina.

Estos distritos que rápidamente acabamos de recorrer son los que Napoleón, como indicamos en otra parte, creyó necesario poner bajo la dirección militar de uno solo, creando por decreto de 15 de enero lo que se llamó ejército del Norte, y cuyo mando confió al mariscal Bessieres. Este ejército llegó á constar de 70,000 hombres, y los distritos que comprendia eran, Navarra, las Provincias Vascongadas, parte de Castilla la Vieja, Asturias y reino de León. Y sin embargo, lejos de lograr Bessieres el objeto de someter estas provincias, como Napoleón se habia propuesto y creyó fácil y hacedero, mortificábale pelear sin gloria con tantas guerrillas como le hostigaban sin darle descanso, y fatigado de lidiar sin fruto, volvióse á Francia (principios de julio), ansioso de conservar su reputación empleándose en otro género de guerra. Sucedióle aquí el conde Dorsenne.

Prosiguiendo pues nuestro rumbo en la dirección geográfica que vamos llevando, preséntanse á nuestro examen los sucesos de Aragón y Cataluña, de tal manera enlazados que sería muy difícil poderlos referir aisladamente, y no daría el que lo intentara cabal idea de ellos.

Rendida y tomada por los franceses la importante plaza de Tortosa (que fué el acontecimiento con que terminó el año 1810 y el estado en que dejamos las cosas de Cataluña en nuestro capítulo XI), nada era mas natural sino que el mariscal Suchet aprovechara la influencia de aquel suceso para su designio de acabar de someter el Principado, en el cual no quedaba ya mas plaza importante en poder de los nuestros que la de Tarragona. A este fin encomendó al general Habert la conquista del castillo de San Felipe en el Coll de Balaguer, posición que domina el camino entre las dos ciudades nombradas. Intimidada primero la rendición al gobernador del fuerte (8 de enero), atacado este despues, retirados luego los españoles de los puestos exteriores, influyendo en ellos el recuerdo de lo de Tortosa, y escalada por último la muralla por los franceses, rindiéronse al fin aquellos en número de 100

con 13 oficiales, salvándose los demás por el camino de Tarragona. Despues de esto, dejando Suchet una división con encargo de vigilar las comarcas de Tortosa, Teruel y Alcañiz, encomendando á otras dos el de resguardar las márgenes y la embocadura del Ebro, y fortificando el puerto de San Carlos de la Rápita, volvióse á Zaragoza, donde le llamaban otros cuidados, y no era el menor de ellos el vuelo que aprovechándose de su ausencia habian tomado los cuerpos francos y las guerrillas de aquel reino y de las provincias comarcanas.

Quedaba, como hemos dicho, Tarragona siendo el blanco de los planes y designios del ejército francés de Cataluña. Los moradores de la ciudad, y en general los catalanes, escarmetados con lo acaecido en Tortosa, habianse hecho recelosos y desconfiados. El mismo comandante general Iranzo no les inspiraba confianza, y solo la tenían en el marqués de Campoverde, sucesor de O'Donnell en el mando del Principado. Demostraciones de varios géneros, tumultuosas algunas, así en la población como en la comarca, convencieron á Iranzo en la población como en la comarca, convencieron á Iranzo de que no le era favorable el espíritu del país, por lo cual creyó prudente hacer dimisión; y como no se prestasen á sustituirle otros á quienes correspondia por antigüedad, acaso porque sabian las gestiones de los amigos de Campoverde, recayó en este el mando, bien que á condicion de estar á lo que dispusiera el gobierno. Esta resolución paró al mariscal Macdonald, que apostado en las cercanías de Tarragona cifraba no poca parte de sus esperanzas en las escisiones y disgusto de la guarnición y del pueblo. Así que, habiéndose aproximado á la plaza (10 de enero), como viese fallidos sus planes fundados en las inquietudes de dentro, retiróse á Lérida con el fin de preparar el sitio en toda forma.

No hizo impunemente esta marcha el duque de Tarento (Macdonald). Apostado don Pedro Sarsfield de orden de Campoverde con una división en las cercanías de Valls, y observando que la brigada italiana del general Eugeni no estaba sostenida, la hizo cargar con impetuosidad y la puso en derrota (15 de enero). La otra brigada italiana mandada por Palombini, que acudia en su socorro, fué atropellada por los fugitivos, y toda la división habria sido destruida, si los dragones franceses no hubieran detenido á nuestros jinetes. Aun así el coronel de los dragones Delort recibió muchos sablazos, y el general Eugeni murió de resultas de las heridas. Macdonald pudo proseguir hasta Lérida, caminando de noche, de prisa y con susto.

Aunque materialmente restablecida la tranquilidad en Tarragona, inquietáronse de nuevo los ánimos con la noticia de haber sido nombrado por la Regencia capitán general de Cataluña don Carlos O'Donnell, hermano de don Enrique; nombramiento que tambien en las cortes provocó la censura, y aun la reclamación de varios diputados (sesión del 22 de enero). Y como el ídolo de los tarraconenses era entonces Campoverde, renovábanse los bullicios, fomentáranlos ó no los enemigos de este, cada día que se esparcía la voz de que estaba para llegar el recién nombrado. Duró este estado de continua y casi no interrumpida alarma hasta mas de mediado febrero, en que Campoverde, ó accediendo ó aparentando ceder á los ruegos é instancias de la Junta y de otras corporaciones y particulares, tomó en propiedad el mando que ejercía interinamente; manera singular de apropiarse el poder habiendo un gobierno supremo. Para afianzar mas su autoridad, aunque con el objeto ostensible de arbitrar recursos para la guerra, convocó un congreso catalán, al modo del que ya antes habia existido, el cual se instaló el 2 de marzo. No reinó la mejor armonía entre el congreso y la junta de provincia: al contrario, suscitáronse discordias y conflictos graves, en los cuales terciaba Campoverde, aunque ladeándose hácia donde soplabla el aura popular. Al fin tuvo que disolverse el congreso, quedando, como antes, una junta encargada de la administración económica del Principado.

Pocos dias despues de esto intentó el de Campoverde una empresa, que á haberle salido bien habria sido de una importancia incalculable, pero que por desgracia le salió fallida. Nunca habian faltado á los nuestros inteligencias secretas con los de Barcelona; por las noticias confidentiales que Campoverde recibía creyó maduro ya y en sazón el plan de propor-

cionarle la entrada en la ciudad, ó por lo menos la toma del importante castillo de Monjuich. Con esta esperanza partió de Tarragona con el grueso de sus fuerzas, y la noche del 18 de marzo un batallón de granaderos de la vanguardia se aproximó al castillo, y hubo soldados que descendieron al foso en la confianza de que se les iba á franquear la fortaleza. Mas el recibimiento que encontraron fué una lluvia de balas, prueba terrible de estar el enemigo sobre aviso, y que hizo á los que quedaron con vida correr á dar cuenta á su general de su funesta aventura. En efecto, el gobernador de Barcelona Maurice-Mathieu habia tenido soplo de lo que se proyectaba, á tiempo de prevenirse como lo hizo. Frustróse pues aquella empresa á Campoverde, que replegando sus fuerzas tomó de nuevo la vuelta de Tarragona, dando gracias de no haber sufrido mas quebranto. El gobernador francés de Barcelona castigó á algunos cómplices de la conjuración que fueron denunciados, haciendo entre ellos arcabucear al comisario de guerra don Miguel Alcina.

Indicamos en el principio lo enlazados que marchaban los sucesos de Cataluña y Aragón, y ahora se ofrecerá ocasión de verlo claramente. De regreso el mariscal Suchet á Zaragoza, dedicóse como á cosa urgente á combatir las gruesas partidas que corrían aquel reino, agregadas por disposición del gobierno español al segundo ejército, que era el que operaba en Aragón y Valencia. Eran entre ellos los mas considerables los cuerpos que capitaneaban don Pedro Villacampa y don Juan Martín (el Empecinado). A alejarlos de los confines de Aragón envió Suchet dos columnas mandadas por los generales Paris y Abbé. Hubo en efecto algunos reencuentros serios entre aquellos caudillos y estos generales, mas todo lo que estos lograron fué apartar á aquellos intrépidos jefes de los lindes del suelo aragonés y traerlos á las provincias de Cuenca y Guadalajara. Tambien tuvieron que lidiar las tropas de Suchet en ambas orillas del Ebro con otras guerrillas de menos monta, pero no menos molestas para ellos, aparte de las incursiones que de cuando en cuando y nunca sin fruto hacia desde Navarra don Francisco Espoz y Mina.

Así las cosas, é inspirando á Napoleón mas confianza su gobernador de Aragón que el que gobernaba á Cataluña, no obstante faltar á Suchet el bastón de mariscal de Francia que Macdonald llevaba, y el título de duque que este tenia, encomendó á aquel el sitio y conquista de Tarragona (10 de marzo) y le dió el mando de la Cataluña meridional con las tropas del Principado que para ello necesitara, dejando solo á Macdonald el gobierno de Barcelona y de la parte septentrional de Cataluña; repartición que envolvía un desaire con que debió sufrir mucho el amor propio del mariscal francés. Fuéle no obstante preciso acatar el superior mandato, y en su virtud habiéndose reunido ambos generales en Lérida para concertar sus planes, partió de allí Macdonald para Barcelona, llevando consigo para la seguridad de la marcha la división del general Harispe, de cerca de 10,000 hombres, los cuales, escoltado que hubieran á Macdonald, habian de volverse al ejército de Aragón. Señaló el duque de Tarento esta marcha con un acto de vandalismo, que horrible y repugnante siempre, apenas se concibe en un general de una nación culta y de un grande imperio. La industria y rica ciudad de Manresa, so pretexto de haberla abandonado sus moradores al toque de somaten á la aproximación de los franceses, fué entregada por estos á las llamas (30 de marzo), de tal manera y con tal furia que ardieron de 700 á 800 casas y otros edificios, como templos, fábricas y hospitales, sucediendo en estos últimos escenas de aquellas que parten el corazón y se resiste á describir la pluma. Empañará siempre la gloria militar de Macdonald la circunstancia de haber estado presenciando el incendio desde las alturas de la Culla, á semejanza del emperador romano cuando gozaba con ver abrasarse la ciudad eterna.

Venganza pedían á gritos los manresanos á los generales Sarsfield y barón de Eroles que perseguían al francés y se hallaban ya casi encima del enemigo. Cumplieronlo aquellos en lo posible, arremetiéndolo con furia y arrollando la brigada de napolitanos de Palombini que iba de retaguardia, y señalándose en aquella acometida el coronel don José María Torrijos, bizarro y distinguido militar, que estaba destinado á ser mas

adelante uno de los gloriosos mártires de la libertad española. Todavía tuvo Macdonald sus tropiezos antes de entrar en Barcelona, pero al fin logró meterse en aquella capital con una baja de cerca de 1,000 hombres en sus tropas. Estas se volvieron con el general Harispe á Lérida, segun estaba convenido (5 de abril), no sin ser tambien inquietadas por don José Manso, hombre de humilde cuna, que empezaba á distinguirse entre los caudillos catalanes, y habia de ocupar despues con honra un alto puesto en la milicia. De la indignación general que causó en Cataluña el abominable incendio de Manresa era natural que participase tambien el marqués de Campoverde, que en una circular que expidió, despues de condenar con la dureza que merecía la atrocidad perpetrada por el mariscal francés, concluía diciendo, que daba orden á las divisiones y partidas de su mando para que no diesen cuartel á ningun individuo del ejército francés que fuese cogido á la inmediación de un pueblo que hubiera sido incendiado ó saqueado: sistema de represalias que llevó á cabo con todo rigor.

Ocurrió á este tiempo un suceso que neutralizó y compensó en parte las desgracias de las tropas y moradores de Cataluña, á saber, la toma por sorpresa del castillo de San Fernando de Figueras. El hecho fué como sigue. Una puerta secreta del almacén de víveres daba al foso de la fortaleza: el guarda-almacén habia confiado la llave á un criado suyo, el cual, por medio de un estudiante, habló y ganó un capitán español llamado don José Casas, y entre todos y algun otro confidente se concertó proporcionar á Casas una llave por medio de un molde vaciado en cera. Arreglado el plan, y enterado de él el caudillo don Francisco Rovira, uno de los que maniobraban en el Ampurdán, el cual á su vez lo confió al marqués de Campoverde, dispuso este que ayudase en la ejecución á Rovira don Francisco Antonio Martínez, que organizaba gente en la comarca de Olot, y que á ambos les favoreciese en la empresa el barón de Eroles. Marcharon aquellos con una columna, aparentando dirigirse á penetrar en la frontera de Francia, y así lo creyeron los franceses; mas una noche, cayendo un copioso aguacero y cuando nadie podia sospecharlo, torcieron de rumbo, y encaminándose con las debidas precauciones á Figueras, y convenientemente distribuidos, yendo delante el capitán Casas, llevando su tropa las armas ocultas, metióse por el camino cubierto y descendió al foso. Con su llave franqueó la entrada de la poterna; tras él se introdujeron los suyos en los almacenes: la guarnición dormía, y derramándose los españoles por el castillo, en menos de una hora la hicieron toda prisionera. Acudieron luego Martínez y Rovira, juntándose entre unos y otros mas de 2,000 hombres (10 de abril). La guarnición de la villa nada supo hasta por la mañana. En ella entró el barón de Eroles el 16, cogiendo 548 prisioneros, despues de haber tomado el 12 los fuertes de Olot y Castellfolit (1).

Este suceso, que por las circunstancias con que se ejecutó pudiera ser censurado en otros que no fuesen los catalanes, tan justamente irritados con la reciente quema de Manresa, y con derecho á no guardar consideración con enemigos que tan inicuaente se conducian, llenó de alborozo á todo el país, así como consternó al general Baraguay d'Hilliers que por aquellas partes mandaba, el cual creyó prudente abandonar algunos puestos; reunió cuantas fuerzas pudo, ordenó que se le incorporase el general Quesnel, cuando se disponia á sitiar la Seo de Urgel, y hasta quiso hacer venir la guardia nacional francesa, que se negó á entrar en España. Del efecto que la pérdida del castillo de Figueras produjo en Macdonald puede juzgarse por lo que el día 16 (el mismo en que entró el barón de Eroles en la villa) escribía al mariscal Suchet, pidiéndole las tropas que acababan de regresar á Aragón, pertenecientes antes al 7.º cuerpo, pues si no le llegaban prontos socorros, decía, consideraba perdida la Cataluña superior.

(1) Dice un historiador francés que valió la entrega al criado del guarda-almacén veinte mil francos.—Añade que el descuidado gobernador, general Goyon, fué sentenciado por un consejo de guerra á ser pasado por las armas, pero que atendiendo á sus antiguos servicios, y movido por las súplicas de su mujer y de su madre, le perdonó el emperador.—Si fué así, no sabemos con qué fundamento pudo decir Toreno que habia sido cogido en su mismo aposento por don Estéban Llobera, si no es que acaso lograra escaparse despues.